

Carlos Fuentes

# Su voluntad, nuestra fortuna

Ignacio Padilla

*El novelista Ignacio Padilla se ha dedicado los últimos meses a la edición de la correspondencia entre Carlos Fuentes y el editor Arnaldo Orfila. A partir de esta experiencia, el reencuentro con el inagotable polígrafo que abarcó varios géneros y varias décadas de la literatura mexicana lleva al autor de La Gruta del Toscano a recapitular el significado que habría tenido para el joven Fuentes su encuentro en 1950 con el escritor Thomas Mann.*

Debo a la generosidad de Silvia Lemus el privilegio de haber podido dialogar mi duelo con Carlos Fuentes. El año transcurrido desde su partida lo he pasado en combate contra el endriago de su intercambio epistolar con Arnaldo Orfila, uno de sus más lúcidos y leales editores. La consigna y el pretexto de anotar estas cartas infinitas me ha permitido recordar a mi maestro en la aventura de leerlo para conversarlo. El milagro reencontrado de sus letras, escritas en una época apasionada y turbulenta en la que yo aún no había nacido, me ha dejado acompañarlo entonces y acompañarme de él ahora, cuando lo hecho y lo dicho en esos tiempos dan a los nuestros un significado que de otro modo no tendrían. Comentar hoy a Carlos Fuentes, indagar en sus fantasmas, iluminar para el ahora y para los míos lo que él iluminó entonces para los suyos ha sido mi gozosa manera de recordarlo con la dicha de quien descubre por primera vez nuevos rostros de un viejo amigo y de un indiscutible maestro.

Como estas cartas, como todas sus letras, la vida de Carlos Fuentes fue y sigue revelándose total, prolija, abar-

cadora, fundada tanto en la inteligencia cuanto en el querer hacer, así en su pasión por la lucidez como en su desprecio por la estupidez, menos en la soledad que en la generosidad para con sus cofrades, sus maestros y sus discípulos. No sé si pueda ni creo que deba buscar ahora nuevos modos para articular lo que me importa y me conmueve su partida. Fuentes mismo defendió siempre, para casos como éste, la vigencia de los lugares comunes de la pena impronunciable. Con tal licencia acudo ahora a algunos de esos lugares comunes, pues sé que no conseguiré estremecer la desmesura de su silencio ni decir nada que no hayan dicho mejor otros mejores que yo.

Diré, por ejemplo, que la desaparición física del artista acentúa por fuerza su presencia. La muerte del escritor nos obliga a volver a la raíz misma de su obra. Una obra que resucita y nos sacude como quiso que ocurriera para siempre quien dedicó su vida a matar la muerte sin morir. Esto es especialmente claro y necesariamente cierto en el caso de Carlos Fuentes, en cuya vida la abundancia jamás fue óbice para la trascendencia. Hay mucho mundo suyo al cual volver ahora, mucha literatura grande

para reintegrarlo a este presente y para dejarnos abducir por él al planeta de sus pasmosas intuiciones y sus visionarias reflexiones. Hay bajo el yermo de su partida mucho espejo cóncavo que desenterrar para observarnos.

Como si no bastase ya su obra publicada para poseernos, su obra inédita y hasta sus libros soñados nos siguen sorprendiendo. Muchos de ellos nos esperan ansiosos y agazapados en el testamento de un hombre que fue pura voluntad literaria, puro ímpetu para articular todo lo existente y todo lo posible antes de que se le estorbare la muerte. Cierta, la de Carlos Fuentes nos tomó por sorpresa: nos habíamos acostumbrado a su ímpetu y a su apostura infatigable, dimos por hecho su énfasis vital, su nunca titubear ni nunca tolerar que lo sospechásemos vulnerable o cansado, resignado o ausente. En suma, Carlos Fuentes nos engañó a todos: su pensamiento expansivo y jovial hasta lo fáustico nos convenció de que duraría para siempre y de que nos sobreviviría a todos.

Nos engañó a todos menos a sí mismo: él sabía. La muerte fue para él, desde un principio, una fatalidad esencial, acaso el más valioso combustible de su enorme actividad creadora. “La muerte —escribió Fuentes— es el gran mecenas, la muerte es el gran ángel de la escritura. Uno debe escribir porque no va a vivir más”. Quienes mejor lo conocieron podrán dar fe de cuánto lo ocupaba, sin amedrentarlo, la muerte. El silencio que conlleva la extinción lo retaba, literalmente lo enchinchaba y lo espoleaba con su abreviar tanto la vida humana cuando hay tanto por contar y tanto por entender. En su combate contra el silencio Carlos Fuentes esculpía con el martillo de la muerte lo que había de ser uno de sus rasgos más notables: la voluntad. Hacer, escribir, querer entenderlo todo para postergar en lo posible el silencio de la muerte está tatuado en cada línea de la obra y en cada pasaje de la abundante vida de Carlos Fuentes.

Esta consciencia de muerte, y su relación íntima con la voluntad de escribir de Carlos Fuentes, se cuenta entre las muchas confirmaciones que he podido hacer durante la anotación de su correspondencia con Orfila. Entre otras cosas, esta odisea me ha llevado a recalar en numerosos epitafios que el propio Fuentes escribió o declaró para los compañeros de ruta que se le adelantaron en el camino. De cada uno de ellos puede espigarse la idea que el propio autor nutría de su propia ausencia y de su tremebunda presencia. Así, por ejemplo, del propio Orfila, muerto centenario, escribió: “Orfila no sólo vivió un siglo. Lo llenó. Lo llenó de valentía editorial, de coraje político, de calor humano”. Así también de su amigo Carlos Monsiváis dijo: “No hemos perdido a Carlos Monsiváis; un escritor no se muere porque deja una obra. No se pierde a Monsiváis: se ha ganado a Monsiváis para siempre”. En definitiva, la muerte de otros

nos define en la eternidad: imposible no leer ahora estos y otros epitafios como sentencias que Carlos Fuentes buscó y consiguió merecer para sí mismo. En ellos fraseó su autor el privilegio de permanencia del que goza el artista de veras, sazonado siempre con aquello que tanto respetó en otros como atrajo para sí en su testamento: la inteligencia, la valentía, la voluntad de quien todo lo supo emprender y mucho consiguió entender.

\*\*\*

Desde luego, no fue sólo en sus epitafios donde Carlos Fuentes nos legó su versión de la vida y de la muerte, de su vida y de su muerte. He aquí otro lugar común de la pena impronunciable: releer hoy cualquiera de sus libros, no menos que recordar sus anécdotas, sus discursos y sus conversaciones, es también reconstruirlo, invocarlo. Uno de ellos me ha perseguido en este año con particular insistencia. Muchas veces oí a Carlos Fuentes hablar sobre el impacto que sobre su vocación tuvo su encuentro en juventud con cierto autor a quien él describía en térmi-



Carlos Fuentes

© Rogelio Cárdenas

nos que hoy, más que nunca, me estremecen porque lo describen sobre todo a él. Más tarde, en el que considero uno de sus libros más personales, Fuentes redactó lo que antes sólo había contado sobre aquel encuentro. Carlos Fuentes escribió sobre un autor “inmensamente disciplinado cuyos impulsos dionisiacos eran siempre controlados por el dictado apolíneo de gozar la vida sólo a condición de darle forma”. Leo y releo estas palabras y no puedo no pensar en el propio Carlos Fuentes, o en mi recuerdo juvenil de Carlos Fuentes, o en el recuerdo de tantos jóvenes que un día se encontraron por primera vez con Carlos Fuentes. Lo pienso y vuelvo a estremecerme cuando leo que el escritor mexicano describe su asombro ante ese “circunspecto hombre de letras, digno hasta un punto menos que la rigidez, pero con ojos alertas y horizontales”. Aquél, prosigue Fuentes, era “un hombre de más de setenta años, tieso y elegante, como las servilletas almidonadas, vestido con saco blanco cruzado e inmaculadas camisa y corbata. Aun mientras comía, el escritor parecía envergado como una vela, con una rigidez militar”.

He perdido la cuenta de las veces que oí a Carlos Fuentes referir su encuentro con aquel fantasma. Lo mismo en conferencias públicas como en conversaciones íntimas, palabras más o menos, a Fuentes le gustaba invocar así a Thomas Mann, o a su recuerdo juvenil de Thomas Mann. Era cosa de escuchar y no creer la precisión cariñosa y el asombro perenne con los que Fuentes narraba aquel encuentro fugaz en Suiza, cuando él tenía escasos veinte años y Mann pasaba ya de los setenta. Hoy siento que de tanto escuchar esa invocación, con sus discretas pero infinitas variantes, muchos acabamos también por convertirnos en fantasmas de una mocedad literaria y estuvimos ahí, o soñamos con haber estado allí, aquella tarde zuriquesa en que el joven Fuentes, azorado ante la figura de Thomas Mann, se propuso ser como Thomas Mann, o mejor dicho, ser para nosotros lo que para él había sido Thomas Mann.

No es ésta una mera evocación de Fuentes sobre su encuentro con un autor al que admiraba. Tampoco se trata de una epifanía. Es algo más: acaso se trate también de una jactancia, acaso sea ante todo la confesión de un hombre que estuvo desde el principio profundamente seguro de su vocación, un hombre que hasta el final de sus días estuvo consciente y orgulloso de ser él mismo una profecía autocumplida a fuerza de pura necesidad creadora. Como Borges, esa tarde Carlos Fuentes eligió soñarse un día de su madurez conversando también en Suiza con su otro más joven. Y fue entonces cuando emprendió con coraje un interminable diálogo con su futuro y una incansable elaboración del presente y el pasado de todos los hombres. Esa tarde en Zurich, nos consta, Carlos Fuentes emprendió la construcción de sí mismo en el diálogo con un grande, con todos los grandes.

Se enfrascó, en fin, en una deliberada emulación de Mann y de Balzac, de Hugo y de todos aquellos escritores que ahora engrosan con él el quinteto glorioso al que cantó Dante en el Canto Cuarto de su *Commedia*.

Que Fuentes decidiese ser un escritor total desde una edad tan temprana es sin duda admirable. Que lo haya conseguido con creces es francamente milagroso. Rara vez en nuestras letras vocación y voluntad se han conjugado de manera tan feliz. Al construir su literatura y al construirse con ella para alcanzar dimensiones gigantescas, Fuentes queda como ejemplo de la nitidez con que ciertas vocaciones literarias pueden y deben ser reconocidas desde su punto de partida, aun a despecho de cualquier adversidad, aun a despecho de uno mismo. La vastedad tumultuosa, casi patológica de la obra de Carlos Fuentes, no menos que su vida como algo irremediabilmente literario, estaba ya en aquel muchacho que, confrontado con otro escritor total como Mann, señala y grita que su destino está encadenado a la palabra. La decisión de Fuentes es tanto una declaración de principios cuanto una resignación, un acto de fe que no habría podido verificarse de haber sido su protagonista un autor distinto, un autor que no fuese, como Fuentes, pura voluntad.

Muchas veces, al verlo en su bonhomía elegante, al percibir su radical energía de septuagenario que subía escalones de dos en dos y que parecía inyectado de la fuerza de quienes lo rodeaban, pensé en aquel abrumador y monstruoso Thomas Mann. Ante la inviabilidad física de tal portento, pensaba y pienso aún que Fuentes debió de ser un superdotado de la voluntad. Su maldición, como la de Mann, fue no poder detenerse, no querer contenerse, no dejar de pensar, fue fijarse en todo para fijarlo todo, leerlo todo, traducir el mundo para los otros.

Hoy sé que toda una generación de escritores, y tal vez muchas otras desde Buenos Aires hasta Londres, evoca con asombro y un poco de envidia sus encuentros con Carlos Fuentes, ya no en Zurich y no en la primavera de 1950, sino en México o en Barcelona en el aquí y el ahora. Cada uno de nosotros podríamos, sin mucho éxito, intentar escribir ahora, cada uno desde nuestra impotencia ante su avasallante voluntad, las palabras con las que Fuentes se construyó pretextando a Mann. Concluyo pues este homenaje a mi maestro parafraseando las palabras que él mismo usó para describirse a sí mismo en el futuro que hoy es ya su eternidad: “Había logrado, a partir de su soledad, el encuentro de la afinidad anhelada entre el destino personal del autor y el de sus contemporáneos. A través de él todos nosotros hemos imaginado que los productos de la soledad del escritor y de su afinidad se llaman arte (creado por uno solo) y civilización (creada por todos)”. Termino cita. Muchas gracias. **U**